

Thomas Harding

La casa del lago

Berlín. Una casa. Cinco familias.
Cien años de historia



Galaxia Gutenberg

THOMAS HARDING

La casa del lago

Berlín. Una casa. Cinco familias.
Cien años de historia

Traducción de
Alejandro Pradera

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de María Cifuentes

Título de la edición original: *The House by the Lake*
Traducción del inglés: Alejandro Pradera Sánchez

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: enero de 2017
Segunda edición: marzo de 2021
Tercera edición (primera en este formato): mayo de 2026

© Thomas Harding, 2015
© de la traducción: Alejandro Pradera, 2017
Canciones: «Berlin is still Berlin», música: Will Meisel, letra: Bruno Balz
y «Groß Glienicke, du meine alte Liebe», música: Hermann Krome,
letra: Hans Pflanzner © Edition Meisel GmbH, 1949 y 1951
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 585-2026
ISBN: 979-13-87605-66-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Elsie

Índice

Lista de ilustraciones	11
Árboles genealógicos	13
Mapas	15
Nota del autor	21
Prólogo	23

PRIMERA PARTE Glienicke

1. Wollank, 1890	33
2. Wollank, 1913	43
3. Alexander, 1927	53
4. Alexander, 1928	69
5. Wollank, 1929	77
6. Alexander, 1930	87
7. Schultz, 1934	103
8. Alexander, 1934	107

SEGUNDA PARTE La casa del lago

<i>Interludio, agosto de 2013</i>	121
9. Meisel, 1937	125
10. Meisel, 1937	135
11. Meisel, 1942	147
12. Hartmann, 1944	159
13. Hartmann, 1945	167
14. Hartmann, 1945	173
15. Meisel, 1946	181
16. Meisel, 1948	193
17. Meisel, 1949	199

TERCERA PARTE

En casa

<i>Interludio, diciembre de 2013</i>	211
18. Fuhrmann, 1952	215
19. Fuhrmann y Kühne, 1958	223
20. Fuhrmann y Kühne, 1959	231
21. Fuhrmann y Kühne, 1961	237
22. Fuhrmann y Kühne, 1962	243

CUARTA PARTE

Villa Wolfgang

<i>Interludio, enero de 2014</i>	251
23. Kühne, 1965	255
24. Kühne, 1970	267
25. Kühne, 1975	277
26. Kühne, 1986	287
27. Kühne, 1989	295
28. Kühne, 1990	305
29. Kühne, 1993	315
30. Kühne, 1999	323

QUINTA PARTE

Parcela número 101/7 y 101/8

<i>Interludio, febrero de 2014</i>	333
31. Ayuntamiento de Potsdam, 2003	337
32. Ayuntamiento de Potsdam, 2004	341
33. Ayuntamiento de Potsdam, 2014	349
Epílogo	355
Posdata	359
Posfacio	361
Notas	369
Bibliografía	413
Agradecimientos	417
Índice analítico	423

Nota del autor

Para contar la historia de la casa del lago, me he basado principalmente en el relato de los *Zeitzeugen*, los testigos de la época –personas que conocieron la casa y su historia– así como de los *Augenzeugen*, los testigos oculares –quienes vivieron personalmente los acontecimientos que se describen. Se han hecho todos los esfuerzos posibles para corroborar y confirmar cada uno de esos testimonios.

Prólogo

En julio de 2013 viajé a Berlín desde Londres para visitar la casa de campo que había construido mi bisabuelo.

Tras alquilar un coche en el aeropuerto de Schönefeld, al sur de la ciudad, me encaminé por la carretera de circunvalación y tomé una salida junto a la que había una antena de televisión que recordaba un poco a la Torre Eiffel. Seguí adelante, pasando junto a las señales que indicaban el antiguo Estadio Olímpico y el barrio periférico de Spandau, y al llegar a una gasolinera destartalada giré a la izquierda por una carretera que daba al campo. Mi itinerario me llevó a través de un denso bosque de abedules. De vez en cuando se abrían claros por los que se veía un paisaje llano de tierras de labranza. Yo sabía que a mi izquierda, en alguna parte, paralelo a la carretera, discurría el río Havel, pero los árboles lo ocultaban. Habían pasado veinte años desde que visité aquel lugar por última vez, y nada me resultaba familiar.

Al cabo de quince minutos giré a la derecha en un semáforo y vi un cartel que me daba la bienvenida al pueblo de Groß* Glienicke. Unos metros más allá, otro cartel señalaba lo que antiguamente había sido un paso fronterizo entre Berlín Occidental y la República Democrática Alemana. Reduje la velocidad al mínimo. Medio kilómetro más adelante, divisé el hito que había estado buscando, la Potsdamer Tor (Puerta de Potsdam), un arco de piedra de color crema que se alzaba frente a un pequeño parque de bomberos. Pasé por debajo del arco y aparqué.

A partir de ahí no sabía bien hacia dónde ir. No tenía un mapa de la zona, y por allí no se veía ni un alma a quien poder preguntar. Cerré el

* La letra ß (Eszett), que sólo existe en minúsculas, equivale a una s doble. Su uso no es obligatorio, por lo que una misma palabra puede escribirse de dos formas distintas, por ejemplo Groß y Gross (*N. del T.*).

coche y anduve unos pasos por un estrecho camino cubierto de maleza y arbustos, hasta que vi una señal de color verde que decía «Am Park». ¿Era allí? Y el camino... ¿no era de tierra? Yo recordaba vagamente un huerto y una perrera, un jardín cuidadosamente ordenado y unos arriates bien cuidados. Cincuenta metros más allá, el camino se terminaba abruptamente frente a una gran puerta de metal donde había un cartel de «Privado». Aunque tenía miedo de entrar en una propiedad ajena sin permiso, me agaché para pasar por debajo de una alambrada de espinos y me abrí paso a través de un campo cubierto de hierbajos que me llegaban a la altura del hombro, en dirección a donde yo me imaginaba que estaba el lago.

A mi izquierda había una hilera de casas modernas de ladrillo. A mi derecha se extendía un seto descuidado. Y entonces la encontré: allí estaba la casa de mi familia. Era más pequeña de lo que yo recordaba, no mayor que un pabellón de deportes o que un garaje para dos coches, estaba oculta entre la maleza, las parras y los árboles. Las ventanas estaban tapadas con tableros de contrachapado. El tejado negro, casi plano, estaba rajado y cubierto de ramas caídas. Las chimeneas de ladrillo se encontraban en muy mal estado, a punto de desmoronarse.



La casa del lago, julio de 2013

Di la vuelta a la casa muy despacio, tocando la pintura descascarillada y las puertas tapadas con tablones, hasta que encontré una ventana rota. Entré trepando por ella, empecé a recorrer la casa alumbrándome con mi iPhone, y me encontré con montones de ropa sucia y cojines rotos, con unas paredes cubiertas de pintadas y plagadas de moho, electrodomésticos destrozados y fragmentos de mobiliario, tablas del suelo podridas, y botellas de cerveza vacías. Una de las habitaciones tenía pinta de haber sido un antro de drogadictos, porque estaba repleta de mecheros rotos y de cucharillas manchadas de hollín. El lugar tenía un aire de tristeza, la melancolía de un edificio abandonado.

Al cabo de unos minutos volví a salir trepando por las ventanas y me dirigí a la casa de al lado, con la esperanza de encontrar a alguien con quien hablar. Tuve suerte, porque había una señora trabajando en el jardín. Me presenté de forma vacilante en un alemán macarrónico, y ella me contestó en inglés. Le expliqué que era miembro de una familia que antiguamente vivió en aquella casa. Le pregunté si sabía qué había ocurrido con la vivienda, y quién era su actual propietario. «Lleva abandonada más de diez años», me dijo, y a continuación señaló hacia la orilla del lago. «Construyeron el Muro de Berlín por ahí, entre la casa y el lago», me dijo. «La casa ha sido testigo de muchas cosas, pero ahora es una monstruosidad.» Al parecer yo era el objeto de su enfado, lo que me desconcertó. Yo me limité a asentir con la cabeza, y me volví para contemplar la casa.

Toda mi vida había oído hablar de la casa del lago, es decir de «Glienicke». Había sido una obsesión para mi abuela, Elsie, que hablaba de ella con entusiasmo, para evocar una época en que la vida era fácil, divertida y sencilla. Aquella casa había sido, decía, la casa de su alma.

Mi familia, los Alexander, había prosperado en los años de la abundancia de Berlín en la década de 1920. Era una familia de judíos acomodados y cosmopolitas, y sus valores eran los valores de Alemania: trabajaban mucho y se divertían, asistían a la última exposición, a la obra de teatro más reciente, iban a los conciertos, y daban largos paseos por la campiña de los alrededores de la ciudad. En cuanto pudieron permitírselo, se construyeron una casita de madera a orillas del lago, un símbolo de su éxito. Pasaban todos los veranos en Glienicke, disfrutando de una vida rústica y sencilla, cuidando de su jar-

dín, bañándose en el lago, y celebrando fiestas en la terraza. En mi fuero interno, yo guardaba una imagen de la casa, construida a través de las fotografías de color sepia que me enseñaron desde que era pequeño: un lago resplandeciente, una habitación de paneles de madera, con una chimenea y una mecedora, una pradera muy bien cuidada, una pista de tenis.

Pero con el ascenso de los nazis, los Alexander se vieron obligados a huir, y se trasladaron a Londres, donde se esforzaron por rehacer su vida. Ellos se salvaron, mientras que muchos otros no lo consiguieron, pero se marcharon casi sin nada. En mi familia, ésa era la historia de Glienicke: una casa antaño muy querida, que posteriormente les robaron, situada en un país que habían pasado a aborrecer.

Desde que tengo memoria, en mi familia se evitaba todo lo que fuera alemán. No comprábamos coches, ni lavadoras, ni neveras de Alemania. Íbamos de vacaciones por toda Europa –a Francia, Suiza, España, Italia– pero nunca a Alemania. En el colegio yo aprendí español y francés, incluso latín, cualquier cosa menos alemán. La generación más anciana –mi abuela y mi abuelo, mis tíos abuelos y mis tías abuelas– nunca hablaban de su vida en Berlín, de los años anteriores a la guerra. Era un capítulo cerrado. Habían cortado toda conexión emocional con su vida en la década de 1920. Eran reacios a explorar el pasado y preferían centrarse en su nuevo país, se hicieron más británicos que los británicos, enviaron a sus hijos a los mejores colegios, y les animaron a ser médicos, abogados o contables.

A medida que fui haciéndome mayor, me di cuenta de que nuestra relación con Alemania no era tan blanca o negra como me habían hecho creer. Mi abuelo se negó a decir ni una sola palabra más en alemán desde el día que llegó a Inglaterra, pero mi abuela siguió usándolo, ya que acompañaba habitualmente como guía a los grupos de turistas alemanes que viajaban en autobús por todo el país, y elogiaba deliberadamente a Shakespeare, la Carta Magna, y lo que ella denominaba el «juego limpio británico». A través de sus recuerdos, sus comentarios, y ocasionalmente de sus bromas, yo podía atisbar algún rastro de una vida perdida para siempre.

Yo había visto la casa por última vez en 1993, cuatro años después de la caída del Muro de Berlín. Tenía veinticinco años, y había ido a Alemania en un viaje de fin de semana con Elsie y mis primos. Mi abuela estaba dispuesta, por fin, a enseñarnos la ciudad de su infancia. Para nosotros, los de la generación más joven, se trataba de una diver-

tida excursión familiar, de un paseo por los vericuetos de la memoria con nuestra abuela. Tan sólo me di cuenta de lo que significaba de verdad aquel viaje para ella –de lo que había sido su otra vida– cuando ya estábamos a bordo del avión. A mitad del vuelo, mi abuela se levantó y vino a sentarse en mi reposabrazos. «Cariño», me dijo con su marcado acento alemán, «quiero que veas esto», y me entregó un sobre marrón. Dentro había dos pasaportes de color verde oliva de la época nazi que pertenecían a su marido y a su suegro, y un trozo de tela amarilla que llevaba estampada una J negra. Yo sabía que los nazis habían obligado a los judíos a llevar aquellos distintivos. El mensaje estaba claro: ésta es mi historia, y ésta es tu historia. No lo olvides.

Y yo no lo olvidé. A mi regreso a Londres, empecé a hacer preguntas, a buscar información sobre el pasado de nuestra familia, y a preguntarme por qué todos la habían ocultado tan cuidadosamente. Fue un interés que nunca se agotó. Y ése era el motivo de que, veinte años después, yo hubiera reservado un billete para Berlín y de que me encontrara de nuevo en la casa, para averiguar lo que había ocurrido con «la casa del alma» de mi abuela.

Al día siguiente fui desde Groß Glienicke hasta el Registro de la Propiedad de Potsdam, a veinte minutos en coche desde el pueblo en dirección sur. Allí, en el semisótano de los juzgados, encontré un mostrador de información atendido por una mujer mayor que estaba ocupada trabajando con su ordenador. Saqué mi libro de expresiones y pedí con voz entrecortada una copia del expediente registral oficial de la casa. La mujer me informó de que necesitaba permiso del propietario del inmueble para ver los documentos. Cuando le expliqué que mi bisabuelo había fallecido en 1950, ella se limitó a encogerse de hombros. Intenté suplicarle, y después de mostrarle mi pasaporte y mis tarjetas de crédito, y de esbozarle un árbol genealógico aproximado de mi familia, la mujer finalmente transigió y desapareció en una habitación que había al fondo. Finalmente reapareció con un fajo de papeles. Mientras golpeteaba con el dedo en la primera página, la señora me explicó que la casa y el terreno en que estaba situada ya eran propiedad del Ayuntamiento de Potsdam. Le pregunté qué significaba eso –qué iba a ser de la casa. Ella se volvió hacia su ordenador, tecleó el número del solar y la parcela, y a continuación giró el monitor para que yo lo viera. «*Es wird abgerissen*», dijo. La van a demoler. Tras una

ausencia de veinte años, daba la impresión de que había regresado justo a tiempo para ver cómo echaban la casa abajo.

Al salir del despacho de la señora, eché un vistazo a la lista de departamentos del Estado que colgaba de una pared del vestíbulo. Uno de ellos me llamó la atención: *Einsichtnahme in historische Bauakten und Baupläne*. Yo sabía el suficiente alemán como para entender que *Bau* significaba edificio e *historische* tenía algo que ver con la historia. Me dirigí a la planta superior, enfilé un largo pasillo lleno de puertas blancas todas iguales, elegí una y llamé. Dentro encontré a dos conservadores arquitectónicos, una mujer alta y delgada de unos cuarenta años, y un hombre bajo y con barba, de la misma edad. Les pregunté si hablaban inglés, y les conté lo poco que sabía de la casa y de la intención de demolerla por parte del Ayuntamiento. A pesar de lo repentino de mi aparición, y de lo embrollado de mi explicación, ambos se mostraron cordiales y dispuestos a ayudarme. El hombre sacó de un estante un libro de normas y lo hojeó hasta encontrar la sección que estaba buscando. El «Artículo de los castillos», me dijo, mostrándome el libro. Si yo no quería que demolieran la casa, tenía que demostrar que era cultural e históricamente relevante.

Antes de marcharme de Berlín volví a la casa. ¿De verdad era posible salvarla?, me preguntaba. Iba a ser una tarea colosal, por no hablar del coste económico. Advertí nuevos detalles: postigos rotos por el suelo, canalones oxidados, árboles que habían crecido a través del enladrillado de la terraza. Yo vivía a miles de kilómetros de distancia, y hablaba muy poco alemán. Ya tenía suficientes cosas que hacer en mi vida. No tenía tiempo para embarcarme en otro proyecto y, en cualquier caso, daba la impresión de que había llegado demasiado tarde.

Pero, lo que era más importante, ¿había que salvarla? Tenía la casa delante de mis ojos, y no parecía nada del otro mundo, un fragmento de un recuerdo medio olvidado. Realmente no era nada, poco más que un cascarón. Sin embargo, la casa tenía algo, algo intangible, algo cautivador. Y, por encima de todo, había sido objeto de la atención de mi abuela desde que yo tenía memoria. Había significado muchísimo para ella, y nos había dejado claro que también debería significar mucho para nosotros, sus nietos. Lo más fácil habría sido darse media vuelta y marcharse.

Ésta es la historia de una casa de madera construida a orillas de un lago a las afueras de Berlín. La historia de nueve habitaciones, un pequeño garaje, una pradera alargada y un huerto. Es la crónica de cómo surgió, cómo fue transformada por sus moradores, y cómo, a su vez, la casa les transformó a ellos.

Es la historia de un edificio que fue querido y perdido por cinco familias. La historia de los momentos cotidianos que hacen que una casa sea un hogar —de las tareas domésticas matinales, de los almuerzos de la familia alrededor de la mesa de la cocina, de las siestas durante las tardes de verano y de los chismorreos tomando café y tarta. Es una historia de triunfos y de tragedias domésticas —de bodas y nacimientos, de citas y traiciones secretas, de enfermedades, intimidaciones y asesinatos.

También es una crónica de Alemania a lo largo de un siglo turbulento. La historia de un edificio que aguantó los catastróficos acontecimientos que conmocionaron al mundo. Porque la casa, a su manera, de una forma callada y olvidada, estuvo en la línea del frente de la historia —y la vida de sus habitantes se hizo pedazos y se rehizo una y otra vez por el simple motivo de que vivían allí.

Y sobre todo, es un relato de supervivencia, que ha sido reconstruido a partir de material de archivo y de planos de construcción, de documentos recientemente desclasificados, de cartas, diarios, fotografías y conversaciones con historiadores, arquitectos, botánicos, jefes de policía y políticos, lugareños, vecinos y, lo más importante, con sus ocupantes.

Ésta es la historia de la casa del lago.